

Meditación sobre una inmigrante desconocida

VÍCTOR CODINA, SJ

No sé quién eres, no sé cómo te llamas, ni conozco de qué país has venido a Barcelona. Pero te vi la otra tarde en la calle Roger de Llúria, a la altura de Aragón, cruzando la calle mientras conducías la silla de ruedas de una señora mayor. Era tarde y hacía frío, la señora llevaba un abrigo largo de pieles, un sombrero también de piel, guantes y una bolsa muy elegante. Tú ibas vestida muy sencillamente con una simple bufanda al cuello, sin guantes. Se te veía joven y fuerte, tal vez un poco seria... Por tus rasgos, por el color de tu piel, por tu manera de ir vestida, comprendí claramente que no eres asiática, ni africana, ni tampoco de la Europa oriental. Seguramente eres latinoamericana: ¿ecuatoriana?, ¿boliviana?, ¿colombiana?, ¿peruana? No lo sé con certeza.

Eres joven y llevabas a una persona mayor, anciana. Seguramente en su casa, su familia te trata bien -así lo espero-, te paga un buen sueldo, mayor que el que recibías en Latinoamérica. Me imagino que ya tienes los papeles en regla y que no sufres cuando sales a la calle por miedo a que la policía te detenga por ilegal y te devuelva a tu país de origen. Pienso, sin embargo, en los que has dejado en tu tierra: ¿has dejado a tus padres? ¿Has dejado a tus hijos al cuidado de tu marido o de los abuelos? ¿Por qué has abandonado tu país, tus costumbres, tus tradiciones, tu familia? Seguramente para ganar más, y así poder pagar los estudios a tus hijos, para poder comprar un trocito de tierra y hacerte una casita, para montar un pequeño negocio cuando vuelvas.

Pero el precio de tu estancia aquí es muy alto: separación, soledad, rompimiento cultural y humano. Al verte llevando la silla de la vieja dama, me pareció que tú representabas a los países jóvenes que ahora ayudan al primer mundo, la vieja Europa, culta y rica, pero decadente, en muchos aspectos.

Hace 500 años, la España colonial, concretamente el Reino de España, descubrió, conquistó, explotó, saqueó, violó y hasta extinguió en buena parte la población originaria del continente americano. El Reino de Aragón no participó en la conquista, aunque seguramente no habría actuado de manera muy diferente: los historiadores afirman que, siglos después, muchos catalanes se enriquecieron en las Américas, con el tráfico de esclavos que trabajaban la caña de azúcar y el café.

Hoy, después de 500 años, los descendientes -originarios o mestizos- de aquellos pueblos, venís a España, convertidos en siervos, en los nuevos esclavos del siglo XXI: cuidáis de ancianos, trabajáis en la construcción, cultiváis el campo, sufrís también las consecuencias de la actual crisis económica. Algunos están en el paro, otros regresan a su país de origen... En realidad, aunque no se suele decir mucho, aquí os necesitan: los inmigrantes a menudo hacen los trabajos más duros y humillantes, los que nadie quiere hacer. ¿Qué pasaría si un día todos los inmigrantes se declarasen en huelga? ¡El país se hundiría en el caos más absoluto!

Y aquellos pueblos latinoamericanos que entre luces y sombras fueron evangelizados por la iglesia colonial, ahora se sorprenden al ver que la antigua metrópoli católica está muy descristianizada, muy secularizada, muy agnóstica y fría en cuanto a la religión. Seguramente esto te extraña a ti, que cada día rezas al Diosito y a la Virgen, que estás acostumbrada a poner velas a los santos para que protejan a tu familia. Es muy posible que esa vieja dama que tú acompañas en su silla de ruedas, sea una mujer

creyente y piadosa, y que tenga mejor formación religiosa que tú, quizás la estabas llevando a la vecina parroquia de la Concepción. Pero, sus hijos y nietos, probablemente no frecuentan el templo.

Tú, seguramente sin darte cuenta, con tu fe sencilla, con tu trato cariñoso y dulce hacia la anciana, con tu sentido de la honradez, de la austeridad, del compartir, con el respeto que tu pueblo tiene hacia las personas de edad, los estás evangelizando. Sin duda, si has viajado alguna vez a tu país, le has traído regalos a la señora: un chal, unos bombones, alguna artesanía típica, porque los latinoamericanos tenéis un fuerte sentido de la gratitud y de la gratuidad. Posiblemente la señora se habrá extrañado, te habrá dicho que no hacía falta que lo hicieras: tú sabes muy bien, sin embargo, que esto se hace siempre en tu tierra, donde el dinero no es lo más importante.

A la gente que te vio pasar y atravesar la calle conduciendo a la vieja dama, no les debías llamar la atención: ¡Se ven tantos casos similares! No es tampoco la primera vez que yo lo veo, pero esta vez me tocó el corazón, me sacudió porque hace muchos años traté con los españoles que habían emigrado a Alemania, y sé cómo sufrieron. Y ahora que vivo en Bolivia veo el dolor de las familias divididas por la emigración, niños sin padres, sin el cariño materno, y tantos problemas humanos, a pesar de los envíos de euros que reciben mensualmente. Esto hace que, a los que me preguntan si es posible viajar a España, yo les aconseje que se queden en su país, en su tierra.

Ojalá llegue un día que nadie tenga que abandonar su propio país para sobrevivir, y se cumplan los deseos del viejo profeta Isaías para el pueblo de Israel que volvía del exilio: « La gente construirá casas y vivirá en ellas, plantará viñas y comerá sus uvas.

No sucederá que uno construya y otro viva en la casa, o que uno plante y otro se coma el fruto. Mi pueblo tendrá una vida larga, como la de un árbol; mis elegidos disfrutarán del trabajo de sus manos.»(Is 65, 21-22).

Ojalá la vieja dama que llevas en silla de ruedas pueda un día escuchar de los labios del Señor Jesús: «Yo era emigrante y me acogieron" (Mat 25, 35). Porque el huérfano, la viuda y el forastero siempre han sido los predilectos del Señor, que con ellos se identifica.

Mientras tanto, joven emigrante desconocida y anónima, sigue cuidando de la vieja señora, con ternura. ¡Ojalá pronto puedas volver a tu patria!

Todo esto pensaba cuando con la silla de ruedas cruzaba la calle Roger de Llúria, tocando con la calle Aragón. Me hubiera gustado saludarte, hablar contigo, pero no hubo tiempo. Pasaste rápidamente antes de que el semáforo se pusiera de color rojo. Te perdí de vista...

Sólo quedó el semáforo rojo como una señal de alerta para todos nosotros. Hacía frío. Al seguir caminando, pensé que los pobres nos evangelizan.